

Salmo 143

1 Jehová, oye mi oración, escucha mis ruegos. ¡Respóndeme por tu verdad, por tu justicia! 2 No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano. 3 El enemigo ha perseguido mi alma, ha postrado en tierra mi vida, me ha hecho habitar en tinieblas como los que han muerto. 4 Mi espíritu se angustió dentro de mí; está desolado mi corazón. 5 Me acordé de los días antiguos; meditaba en todas tus obras; reflexionaba en las obras de tus manos. 6 Extendí mis manos hacia ti, mi alma te anhela como la tierra sedienta. 7 Respóndeme pronto, Jehová, porque desmaya mi espíritu; no escondas de mí tu rostro, no venga yo a ser semejante a los que descienden a la sepultura. 8 Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado. Hazme saber el camino por donde ande, porque hacia ti he elevado mi alma. 9 Líbrame de mis enemigos, Jehová; en ti me refugio. 10 Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud. 11 Por tu nombre, Jehová, me vivificarás; por tu justicia sacarás mi alma de la angustia. 12 Por tu misericordia disiparás a mis enemigos y destruirás a todos los adversarios de mi alma, porque yo soy tu siervo.

Génesis 11:1-9

1 Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. 2 Aconteció que cuando salieron de oriente hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. 3 Un día se dijeron unos a otros: "Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego". Así el ladrillo les sirvió en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. 4 Después dijeron: "Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de toda la tierra". 5 Jehová descendió para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. 6 Y dijo Jehová: "El pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; han comenzado la obra y nada los hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. 7 Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero". 8 Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. 9 Por eso se la llamó Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

Hechos 2:1-21

1 Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos. 2 De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. 4 Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran. 5 Vivían entonces en Jerusalén judíos piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. 6 Al oír este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. 7 Estaban atónitos y admirados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? 8 ¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? 9 Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, 10 Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, 11 cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. 12 Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? 13 Pero otros, burlándose, decían: Están borrachos. 14 Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: "Judíos y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras,

15 pues estos no están borrachos, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. 16 Pero esto es lo dicho por el profeta Joel: 17 En los postreros días --dice Dios--, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; 18 y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. 19 Y daré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre, fuego y vapor de humo; 20 el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y glorioso. 21 Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.

Juan 14:23-31

23 Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él. 24 El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. 25 Os he dicho estas cosas estando con vosotros. 26 Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho. 27 "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo. 28 Habéis oído que yo os he dicho: "Voy, y vuelvo a vosotros". Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre, porque el Padre mayor es que yo. 29 Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que, cuando suceda, creáis. 30 No hablaré ya mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí. 31 Pero para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. ¡Levantaos, vámonos de aquí!

Introducción

Hoy celebramos el día de Pentecostés, una de las mayores festividades cristianas junto con la Pascua y Navidad. Esta es una de las tres fechas importantes del cristianismo, porque nos recuerdan lo que se ha venido a llamar, “la fecha de cumpleaños de la iglesia”, es decir, su nacimiento mediante el derramamiento del Espíritu Santo, como dice el pasaje de Hechos de los Apóstoles: “En los postreros días --dice Dios--, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños” (Hch. 2:17).

1) El día de Pentecostés

Decíamos que la “fecha de cumpleaños” de la iglesia es Pentecostés, porque allí fue donde vino el Espíritu Santo sobre los apóstoles de Jesucristo, y a partir de ese día comenzaron a predicar a todo el pueblo reunido en Jerusalén que Jesús es el Mesías resucitado, y el Señor que ha de venir a juzgar a vivos y a muertos, y que los que hay perdón de pecados para aquellos que tienen fe en su Nombre.

Personas de todos los rincones del Imperio Romano se habían reunido en Jerusalén para la fiesta judía de Pentecostés. Y admiradas, oían hablar a los apóstoles, aquella mañana, las maravillas de Dios: “Estaban atónitos y admirados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” (Hch. 2:7-8). Este es el milagro especial que había operado el Espíritu Santo en los Apóstoles aquel día: la capacidad de hablar una lengua extranjera, sin haberla aprendido antes. Todos sin excepción, recibieron y comprendieron el mensaje, cada uno en la lengua de su tierra. Así se cumplía el designo de Dios de salvar a todos los hombres, es decir, de conducirlos al arrepentimiento de sus pecados, y a la fe en su Hijo Jesucristo.

2) La obra del Espíritu Santo en Pentecostés

Hubo un tiempo en la historia de la humanidad, en que todas las personas hablaban un mismo idioma, un mismo lenguaje. Y se decían unos a otros: “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre” (Gn. 11:4a). Esto lo decían para hacerse famosos, para parecerse a sí mismos a Dios. Pero Dios, viendo desde el cielo lo que hacían, y lo que tramaban, dijo: “7 Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero”. 8 Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. 9 Por eso se la llamó Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra” (Gn. 11:7-9).

La palabra Babel significa “confusión”, porque allí Dios confundió el idioma, la lengua de los hombres, para el uno al otro no se pudieran ni escuchar ni oír. Pero al revés de Babel, que significa “confusión”, Pentecostés fue el lugar donde Dios, el Espíritu Santo, otra vez descendió, pero esta vez no fue para confundir, ni dispersar, en castigo por la rebeldía del hombre. Todo lo contrario. Lo que hizo Dios en Pentecostés fue “unir”, “reconciliar”, y “dejar en claro” a todos los hombres, el misterio de su voluntad: nuestra salvación y perdón a través de Jesucristo su Hijo.

3) La obra del Espíritu Santo en mí también

Dice el salmo 143:2: “No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano”. ¿Qué quiere decir el rey David aquí, que es el autor del salmo? El rey David le habla a Dios en oración. Le dice: “Es preciso reconocerte a Ti, mi Señor y mi Dios, como justo y santo. Mas yo soy un miserable pecador. Por favor, Dios y Señor mío, no entres en juicio conmigo, ni me condenes por lo que merezco, pues yo sé que estoy delante de Ti en desventaja. Y no solo yo, sino también toda persona que se encuentra en esta tierra”.

“La ley siempre nos acusa. Porque, ¿quién ama o teme a Dios en un grado suficiente? ¿Quién no se pregunta a menudo si son los designios de Dios, o si es la casualidad lo que rige el destino de los hombres? ¿Quién no duda frecuentemente de que Dios le oye? ¿Quién no siente muchas veces amargura al ver que los impíos gozan de mejor fortuna que los piadosos, y que los piadosos son oprimidos por los impíos? ¿Quién vive a la altura de su vocación? ¿Quién ama al prójimo como a sí mismo? ¿A quién no incita la concupiscencia? Por eso dice Pablo (Ro. 7:19): ‘No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago’. Y asimismo (en el v. 25): ‘Con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado’. Aquí proclama sin rodeos que sirve a la ley del pecado. Y David dice (Sal. 143:2): ‘No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano’. Aquí, hasta un siervo de Dios ruega que no se haga juicio. Asimismo (Sal. 32:2): ‘Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad’. Por ende, en nuestra flaqueza siempre se halla presente el pecado que podría ser imputado, de lo que se habla poco después (v. 6): ‘Por eso orará a ti todo santo’, lo que demuestra que incluso los santos tienen necesidad de pedir perdón de pecados” (Ap., IV § 166b-168, pp. 105-106).

Pero dice Jesús: “Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14:26). Esto sucede tiene lugar mediante la predicación del evangelio, es decir, cuando nos es anunciado de que hay perdón de pecados para el pecador que está arrepentido, y si esa es tu condición, para ti también lo hay. ¿Cómo sé que mis pecados me son perdonados por Dios? Por lo obra del Espíritu Santo, el Consolador, quien viene a nuestra vida mediante el anuncio del evangelio y nos recuerda lo que Cristo hizo y dijo.

Y el vehículo del Espíritu Santo que utiliza para dar, impartir estos dones de Cristo, que son su perdón y sus méritos alcanzados por ti y por mí en la cruz, que se hizo hermano nuestro, padeció, sufrió y murió el castigo por nuestros pecados en nuestro lugar, y quien asimismo resucitó y está ahora sentado a la derecha del Padre, gobernando todas las cosas, es decir, al mundo y a su iglesia también, este vehículo y medio es la Palabra oral o escrita, el Bautismo, la Santa Cena.

4) El Espíritu Santo y la absolución privada

Y en este caso me voy a referir en especial a la Palabra oral, a la absolución. “Ya que la absolución o poder de las llaves, instituido por Cristo en el evangelio, [...] constituye una ayuda y consuelo contra el pecado y la mala conciencia, así la confesión o absolución no debe caer en desuso en la iglesia, especialmente por las conciencias débiles y también por el pueblo joven e inculto para que sea examinado e instruido en la doctrina cristiana. La enumeración de los pecados, sin embargo, debe quedar librada al criterio de cada cual, es decir, lo que quiera contar o no. Pues mientras estemos en la carne, no mentiremos si decimos: ‘Yo soy un hombre lleno de pecados’, como dice en Romanos 7: ‘Yo siento otra ley en mis miembros’, etc. (Ro. 7:23). En efecto, ya que la absolución privada tiene su origen en el oficio de las llaves, no debe despreciársela, sino tenerla en alta estima y valor como todos los otros oficios de la iglesia cristiana” (AE, parte III, art. 7 § 2-3, art. 8 § 1-2).

Por eso mismo, queridos hermanos, que el Espíritu Santo siempre despierte un nuevo gozo, una nueva alegría, a través de la absolución personal y privada, así como se lo suele hacer en la absolución general y pública. Sé de ciertas personas de esta congregación que necesitan ser oídas, ser escuchadas, y además, recibir el consuelo del evangelio para sus vidas. La absolución personal y privada debe ser mantenida en la iglesia cristiana. Y es por eso que debe tener el espacio y el tiempo que se merece en nuestra comunidad. Lo que voy a sugerir hacer, a partir de ahora, es que (además de las visitas en los hogares), el tiempo que venimos al templo sea un momento propicio también para la absolución privada. Por el momento, lo sugiero hacer así: luego del culto, por unos minutos me quedaré en la sacristía, para oír la confesión de algún

hermano que desee recibir la absolución de manera personal. Como pastor, para eso fui llamado, y en esto consiste especialmente el oficio del Espíritu Santo: de brindar consuelo al pecador mediante el anuncio del evangelio, es decir, la absolución. “Pues por esta razón, por medio de Cristo, el Espíritu Santo fue obtenido del Padre y enviado a nosotros, y también por esta razón se le llama el Consolador (Jn. 16:17; cf. Jn. 14:16, 26)” (FC DS, V § 11b).

Conclusión

Hoy, Pentecostés, es la fecha de cumpleaños de nacimiento de la iglesia cristiana. Y es una fiesta de alegría, en la que celebramos de unión de Dios con nosotros a través de Cristo, y también de nosotros con el Padre a través de su Hijo Jesús. A diferencia de Babel, momento aquel en el que Dios confundió las lenguas de las gentes para que hablara diversos idiomas, y eso hasta el día de hoy, en Cristo otra vez todos volvemos a estar unidos, con una sola mente, una misma fe, un mismo propósito, un mismo corazón. Eso es la obra del Espíritu Santo: producir la fe y la unidad en Cristo en el corazón de las personas. Y es lo que él hace y quiere hacer también en mi propio corazón, toda vez que uno reconoce su propias faltas y pecados a Dios, y recibe de él su perdón. Pues aún los santos necesitan pedir perdón, y recibir de Dios el perdón. Amén.

Anexo: Análisis Doctrinal

1) Referencias bíblicas en las Confesiones Luteranas

Sal		
143:2	105:168	Ap. IV: el amor y el cumplimiento de la Ley
143:2	137:326	Ap. IV: respuestas a los argumentos de los adversarios
143:2	180:78	Ap. XII: el arrepentimiento
143:2	323:3	AE, III, art 7: sobre las Llaves
143:2	613:21	FC DS, VI: el tercer uso de la ley de Dios
Jn.		
14:16, 26	604:11	FC DS, V: la ley y el evangelio
Hch.		
2:17	556:43	FC DS, I: el pecado original

2) Explicación de las Confesiones Luteranas

“Toda la Escritura, toda la iglesia proclama que no se puede satisfacer la ley. Por tanto, no puede agradar ese cumplimiento incipiente de la ley por sí mismo, sino sólo por causa de la fe en Cristo. De otro modo, la ley siempre nos acusa. Porque, ¿quién ama o teme a Dios en un grado suficiente? ¿Quién no se pregunta a menudo si son los designios de Dios, o si es la casualidad lo que rige el destino de los hombres? ¿Quién no duda frecuentemente de que Dios le oye? ¿Quién no siente muchas veces amargura al ver que los impíos gozan de mejor fortuna que los piadosos, y que los piadosos son oprimidos por los impíos? ¿Quién vive a la altura de su vocación? ¿Quién ama al prójimo como a sí mismo? ¿A quién no incita la concupiscencia? Por eso dice Pablo (Ro. 7:19): ‘No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago’. Y asimismo (en el v. 25): ‘Con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado’. Aquí proclama sin rodeos que sirve a la ley del pecado. Y David dice (Sal. 143:2): ‘No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano’. Aquí, hasta un siervo de Dios ruega que no se haga juicio. Asimismo (Sal. 32:2): ‘Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad’. Por ende, en nuestra flaqueza siempre se halla presente el pecado que podría ser imputado, de lo que se habla poco después (v. 6): ‘Por eso orará a ti todo santo’, lo que demuestra que incluso los santos tienen necesidad de pedir perdón de pecados. Mas qué ciegos son los que creen que los malos afectos de la carne no son pecado.” (Ap., IV § 166-169).

“Es este un punto, al que la Escritura se refiere muchas veces. En el Salmo 143:2 dice: “No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano”. Con estas palabras, David niega terminantemente la gloria de la justicia a todos los hombres, aun a los santos y siervos de Dios, si Dios, en vez de perdonar, juzga y acusa a los corazones.” (Ap., IV § 326).

“Así, pues, cuando nuestros adversarios enseñan que los hombres consiguen perdón de pecados por su contrición y amor, y cuando lo instan a que confíen en esta contrición y en este amor, no hacen más que presentar la doctrina de la ley, y mal entendida, por cierto... Ni el amor ni las obras pueden ser propiciación por el pecado. Ni tampoco sirven para que se los pueda oponer a la ira y al juicio de Dios, según aquel dicho (Sal. 143:2): “No entres en juicio con tu

siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano”. No debe transferirse a nuestras obras el honor de Cristo” (Ap., XII § 78).

“No nos corresponde a nosotros, sino sólo a Dios juzgar cuáles, cuán grandes y cuántos son los pecados, como está escrito: ‘No entres en juicio con tu servidor, pues para ti no hay hombre alguno vivo que sea justo’ (Sal. 143:2). También dice Pablo en el capítulo cuarto de la Primera Epístola a los Corintios: ‘Yo no soy consciente de nada, pero no por eso soy justo’ (1 Co. 4:4). “Ya que la absolución o poder de las llaves, instituido por Cristo en el evangelio, también constituye una ayuda y consuelo contra el pecado y la mala conciencia, así la confesión o absolución no debe caer en desuso en la iglesia, especialmente por las conciencias débiles y también por el pueblo joven e inculto para que sea examinado e instruido en la doctrina cristiana. La enumeración de los pecados, sin embargo, debe quedar librada al criterio de cada cual, es decir, lo que quiera contar o no. Pues mientras estemos en la carne, no mentiremos si decimos: ‘Yo soy un hombre lleno de pecados’, como dice en Romanos 7: ‘Yo siento otra ley en mis miembros’, etc. (Ro. 7:23). En efecto, ya que la absolución privada tiene su origen en el oficio de las llaves, no debe despreciársela, sino tenerla en alta estima y valor como todos los otros oficios de la iglesia cristiana” (AE, parte III, art. 7 § 2-3, art. 8 § 1-2).

“Por lo tanto, el Espíritu de Cristo no sólo debe consolar, sino también, mediante el ministerio de la ley, convencer al mundo de pecado (Jn. 16:8), y así como dice el profeta (Is. 28:21): ‘Hacer... su extraña obra’ (la obra de convencer), para que después haga su propia obra, que es la de consolar y predicar la gracia de Dios. Pues por esta razón, por medio de Cristo, el Espíritu Santo fue obtenido del Padre y enviado a nosotros, y también por esta razón se le llama el Consolador (Jn. 16:17; cf. Jn. 14:16, 26)” (FC DS, V § 11).

“En el artículo acerca de la redención, la Sagrada Escritura declara con el mayor énfasis que el Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza humana, pero sin pecado, de modo que él fue hecho, como nosotros, participante de todas las cosas, a excepción del pecado (Hch. 2:17). Por consiguiente, todos los teólogos ortodoxos han sostenido que Cristo, según la naturaleza humana que asumió, es consubstancial con nosotros, sus hermanos, pues asumió su naturaleza humana, que en todo sentido es igual a nuestra naturaleza humana con la excepción del pecado en su esencia y en todos sus atributos esenciales” (FC DS, I § 3).